

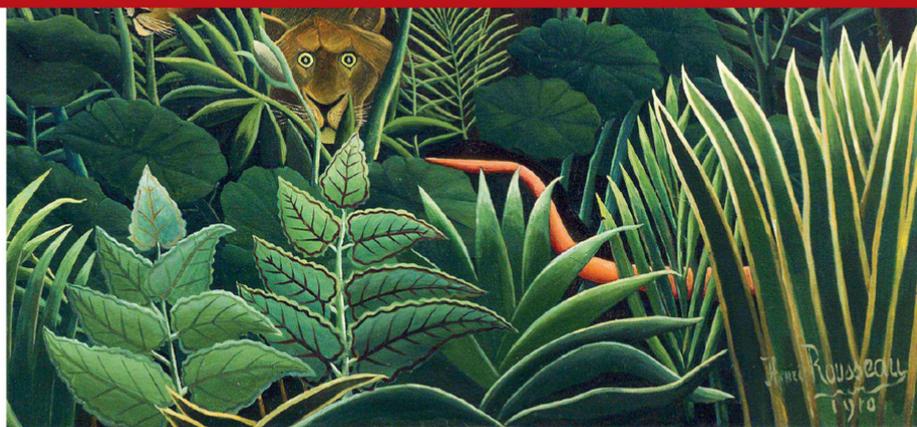
Angélica Gorodischer

Tumba de jaguares



“UNA MAESTRA. CASI UNA FANFARRONADA
DE TANTO OFICIO”.

—Gabriela Cabezón Cámara





Seix Barral

Angélica Gorodischer

Tumba de jaguares

Prólogo de Gabriela Cabezón Cámara

VARIABLES OCULTAS

María Celina Igarzábal

Soñé que estaba en el cielo. No en El Cielo paraíso de almas bienaventuradas sino en el cielo, ese ¿élitro? azul celeste que oficialmente nos cubre, tanto para religiones prometedoras de eterna ventura como para desdichados poemas rimados torpemente. En el cielo, allá arriba en donde, remedo, espejo de la nuestra, hay otra ciudad. De pie sobre nubes densas, duras como el bitumen, compactas, inmóviles como ángeles de piedra, arrellanadas como costal de maíz, no sentía miedo de caer y caer y despachurrarme contra el suelo. Creo justo decir que no sentía nada. Desinterés quizás; o algo más desagradable aun como el aburrimiento. Triste cielo que albergaba a este hombre malhumorado aunque fuera para mostrarle el otro lado de las nubes, un momento nomás; tanto, tan poco, tan avaro, que me parecía que algo debía dar a cambio, que se esperaba que algo diera pero qué. Qué más puedo dar después de haber dado lo que di, lo que me arrancaron. Solo sé escribir pero palabras es poco si de retribución, aunque deuda también podría ser, si de retribución, precio, se trata. O cantar contar en cuenta regresiva toda angustia y volvemos a eso de las palabras. Triste cielo.

Acostado en alta cama de nube miraba a mi alrededor y veía la ciudad, no la ciudad de allá abajo sino la ciudad que estaba en las nubes. Era una ciudad, cualquiera de ellas podía ser que fuera, o ninguna, daba lo mismo; ciudad, sí, eso era, ciudad de las más grandes; era enorme, rascacielos inundándola como si con eso se pudiera defenderla, mostrarla, hacerla invulnerable, y lo era. Me puse de costado para poder verla mejor y la vi, era así como había que verla, estática, desierta, toda blanca, horadados los edificios por ventanas minúsculas. No vi jardines, ni monumentos ni terrazas ni habitantes ni bibliotecas ni calles ni bares ni escuelas; solo eso, la ciudad, los edificios que eran la ciudad; y más la miraba más sólida y más desdichada parecía. Reflexioné que sería infinita porque uno siempre vuelve a lo que probablemente sea infinito desolado ante el misterio y amparado por la grandeza, y que eso le confería la sensación contagiosa de congoja. O tal vez se me ocurrió al despertarme, porque en medio de la comprobación de esa desazón me desperté, que la había construido la desdicha de un pueblo que se moría y, sabiéndolo, dejaba ese monumento en el cielo, no en El Cielo.

Allí posiblemente no hubiera tormentas y siempre el sol estuviera iluminando las altas torres agujereadas y quietas.

Tormentas ni de arena ni de agua ni de nieve; tormentas como las que imagino en La Preciada a orillas del río, después de la gran curva, todo el lugar expuesto a los vientos del oeste que traen arena y polvo, hombrecitos corriendo para tapar las canoas y sujetar los animales; tormentas que se arman en cinco minutos y duran cuanto

más una hora, una hora y media, a menos que se desaten en plena noche, que es cuando atraviesan la oscuridad y escampan a la mañana sobre el barro y el desvelo.

Pero no es eso, que no, no lo es, no es eso lo más conveniente para empezar a contar, para contar antes que nada lo que sucedió o debiera haber sucedido. Lo de las tormentas en La Preciada es algo que ella encuentra, no es, no todavía, su propia historia. Es la historia de él, lo ha sido durante varios años, muchos, los suficientes como para sentir que la carga se le está volviendo demasiado pesada.

La historia de ella empieza mucho antes y mucho más al norte. Veremos. Otro inicio, otras palabras, lo que es necesario pero no demasiado; lo que se desliza, no oprobio pero sí apenas mentira.

O si no: por qué no empezar con él que, como está cansado, sueña con una ciudad en el cielo.

Ah no, no, esto sí que no es necesario, no es ni siquiera deseable eso de internarse desde allá en algo que acaba de sucederme a mí, a esta persona, a este escritor, yo, a mí, Bruno Seguer, autor que no debe aparecer en el escenario de las tormentas. Lo que pasa no le pasa al autor, no debe pasarle; lo que pasa le pasa a la gente de La Preciada, a la muchacha del frío país de niebla, a los llaneros y al hombre que anhela un piano.

Es una novela, no un diario ni una confesión; no es efusión de sentimientos. Él no sueña con nada. Está, simplemente, cansado. Hace años que vive y trabaja en esa casa junto a ese río. Tal vez necesite un cambio. No irse, no trasladar la empresa, no construir otro embarcadero. Ha pensado, a veces, ¿no estaría fuera de lugar este rondar

por sus proyectos?, a veces, en traer a una mujer a vivir con él, pero no podría aguantar a una nativa, y de mujeres blancas ahí, ni qué hablar. Las nativas están bien para un rato o unos días, no para convivir con ellas. Si hubiera una aquí en la casa día y noche, ¿qué haría? Ella, ¿qué haría? ¿Bordar? ¿Ayudar a la Tuca a hacer el pan? ¿Aprender a leer? Y él, ¿qué haría, qué le diría? ¿Cómo mirar esa cara apaciguada y distante, con pintura brillante a veces en las mejillas y en la frente bajo la vincha de la que cuelgan los colmillos de las pardas ratas del desierto, si él se lo permitiera? No.

No es eso. No quiere mujeres que vivan en la casa, ni probablemente no, cambiar de vida. Se pregunta a menudo, se lo pregunta pero no lo sabe y tampoco parece que quisiera responderse, si lo que quiere es volver. Ni eso ni lo otro ni tampoco, quiere creer, tampoco que la vida haya sido distinta de lo que fue.

Y yo, a pesar de estas dudas, frente a él, sin decírselo ni decírmelo, sé perfectamente lo que siente y cómo lo siente, pero no me pasa lo mismo con ella. Hasta me parece que es inútil. Que no puedo imaginar lo que siente una mujer que odia y desea al hombre que la desea o que en todo caso desea al hombre que es capaz de odio y que desea a una mujer, cualquier mujer. No lo sé pero no es inútil; puedo con eso, puedo porque justamente sé, saber no es sentir, sé en dónde están las palabras, a dónde tengo que ir a buscarlas aunque no pueda alcanzarlas, las palabras para decir lo que no siento pero imagino, así como él imagina a la mujer que lo está imaginando mientras escribe la carta. Es tal vez, cómo decirlo, mi experiencia, esa parte de la vida con mujeres, tan pocas, tan limitado

todo por el dolor, por la distancia, por lo que uno quiere olvidar y no puede. Esas mujeres, esas mismas en las que no quiero pensar no quiero. Solo escribir. Antes, antes de todo esto, para qué escribía. Y ahora todo es tan distinto y esa mujer de escritura aparece y tampoco a ella puedo protegerla.

Tiendo a pensar en ella como en una tonta, pero eso es porque no puedo imaginarme lo que siente. Con él es distinto, lo sé con seguridad. El aplomo, la dureza, así sea construida a fuerza de disimulo, lo que sea pero él es mucho más claro. Sé que ella compra un periódico, eso es todo lo que sé por ahora.

Y sin embargo no es todo. Hay algo de los lugares, como no podría ser de otra manera, y hay esa turba silenciosa; no, no silenciosa, simplemente incomprensible porque no habla inglés ni alemán ni francés ni castellano ni italiano ni nada que se acerque a ninguno de esos idiomas de los que uno conoce aunque sea la existencia, eso no gutural pero sí matizado, altos acentos, sílabas silbadas casi, extraídas desde el paladar hacia afuera y de pronto la sonrisa cómplice cuando advierte que no hay respuesta a tanto afán. Y hay eso que también sé y que ellos van a ir sabiendo poco a poco. Y creo que sé cómo termina y cómo nació.

¿Tendría que hacer un resumen, cuadro sinóptico, notas aisladas, algo sobre lo que hacer pie? ¿O basta con todo eso que es mucho y difuso, a veces me parece que inalcanzable? Nació de un sueño, un sueño repetido, el peor de los sueños, maldito, indeseado, los cadáveres en el fondo de la trampa, el pozo oscuro y húmedo en el que fueron agonizando, muriéndose poco a poco. También

sé el título y sé por qué se llama así, *Contar desde cero*, tal como se llama porque no hay otra posibilidad, porque todo empieza de pronto, desde cero, desde el cero más atroz porque no es el vacío, no es la nada deseada.

Lo que no sé, lo que aún no sé, lo que aún no se sabe, es cómo poner en palabras todo lo imaginado, ¿ve?, por eso se necesitan los planes y los resúmenes y las notas en las que se reflexiona por escrito sobre lo que se ha de escribir. A veces todo viene con sus palabras que son las que corresponden, las necesarias y no otras, y eso es una bendición. Es que lo imaginado ya es palabra. El obstáculo está en otra parte. Pero yo no puedo hacer planes, voy y voy buscando ese obstáculo para poder pasarle por encima o por un costado, vencerlo o rodearlo y entonces sí entrar en el reino seductor de las palabras. Y también sé punto por punto lo que pasa entre esa mujer y ese hombre que es algo que no importa si sucede o no, porque lo que sí importa es que yo haya podido imaginarlo y por lo tanto pueda también traicionarlo. Todo eso imaginado existe aunque no quieras, me digo. Y como sé que piso terreno peligroso, voy ¿y qué hago?, eso, agarrarme a la novela, celebrar el inicio para no volver, reiterar, caer en el dolor que también imagino, «alguna vez tendría que hacer algo de esa vida, la suya», eso, lo que está fuera de la vida o por lo menos de esta vida que voy viviendo, ¿no?, no de la otra que no he vivido que es peor mucho pero mucho peor que esta. Lo que pasa es que uno busca sus propias llagas, las que lleva pegadas a la carne para lamerlas una vez y otra vez en busca del alivio, la curación o el dolor repetidamente el dolor porque finalmente no es que haya una vida por acá y otra, la de quien sea, no quiero pensar de

quién, no quiero; otra por allá, sino que es que todas sin que falte una, todas están sobrepuestas, confundidas, entramadas, mezcladas inextricablemente, qué palabra, no usarla nunca, no hay que usar nunca ese tipo de palabras, nunca aunque se te presenten incondicionales; si es posible nunca adverbios, odio los adverbios, todas las vidas, aunque no quieras ni sepas, todas como en un maridaje incluso físico aunque no nos demos cuenta y sobre todo si no nos damos cuenta y seguimos, dale para adelante sin querer creer que es precisamente, adverbio que tampoco debe usarse y tengo que volver sobre el texto a ver si lo encuentro para borrarlo, usar una frase, abrir el concepto con tal de no ponerlo allí como un grano indeseable, que no es lo sensato ni lo esperado ni el buen sentido sino lo increíble lo que nos va moviendo en la niebla.

Niebla de aquel país del norte en la que una muchacha piensa en el inicio de su vida, que es el inicio de la novela para que yo pueda huir de las muchachas que ya nunca pero nunca pensarán en qué va a ser de sus vidas. Y ver también si se puede insertar la otra novela, la que la muchacha escribe mientras le pasa todo eso de los grandes ríos y lo de la hermana y lo de la muerte y la trampa para bestias y despertarse en la noche para pensar en sí misma pero esta vez de frente sin andarse con pretextos y eso de que quiere estar sola toda su vida, tonterías, pero en este caso cuidarse porque alguien seguro va a hablar de cajas chinas y si hay algo que me revienta es eso de las cajas chinas, pobreza de lenguaje, pereza de entendimiento y por otra parte quién sabe lo que son las cajas chinas, quién ha visto cajas chinas, hágame el favor. Por eso solo hablar de esa novela, la que ella escribe y cómo es que le

sirve para, no sé si aguantar ese trasplante que ha sufrido, buscado, ella lo buscó, claro, o para defenderse como se defendía cuando estaba en la escuela o se escapaba por los corredores de otros idiomas que no eran el de ella.

La novela le sirve como al hombre de los grandes ríos el trabajo, y a mí me sirven la novela de ella y la de él como trabajo que me aísla del mundo en el que suceden cosas inimaginables, fuera de todos los límites en los que se mueve lo que es humano. Y entonces cuando Gabriela viene y me dice ¿y vos qué? vos, que te quedás encerrado llorando; trabajando, corrijo yo; llorando, insiste ella; vos, en vez de venir y hacerte oír con nosotras; por eso yo le digo que nadie las va a oír, nunca, y que es mejor hacer lo que yo hago, hacer algo, transformar lo que es dado en lo que nunca será, pero un día estuvo más cercana que otros y me dijo «cada cual elige la manera de zafar para no sentir el chuzazo».

Y trabajo, y cuando como ahora no puedo y no puedo, sé que tengo que escribir y no puedo, miro por la ventana y me pregunto, a ver, mirando la ciudad en las nubes, por qué es que no puedo. No se me ocurre nada, no sé cómo seguir aunque sé lo que sigue. Y ayer me contesté, aunque creo que fue hoy, muy temprano, que lo que pasa es que quiero que todos sean felices, todos, incluyendo a la muchacha del norte frío y al hombre de Alemania en la región de los grandes ríos, o sobre todo a ellos, y a partir de ellos a todo el mundo en todas esas vidas mezcladas que siguen siendo cada una cada cual y hacen todas una sola. Poner eso en palabras, no la felicidad, digo, sino lo que les espera que no es la felicidad. Como que los veo, sé que están allí y que han muerto, los dos, tal vez abrazados

o solo tocándose, en el hueco traicionero, la tumba de los jaguares, después de haber pasado por el cielo y el infierno, pero lo que no puedo es hacerlos pasar por el cielo y el infierno porque yo, yo mismo aunque no he estado nunca en el cielo y solamente una vez en sueños en la ciudad de las nubes, vivo en este infierno al que trato de poner palabras que hablen de aquel otro infierno, no el mío que, como con las vidas, es el de todos, el de ella, el mío, el de las vidas ignoradas. Un paso, un solo paso por ese infierno contamina todas las vidas de todos y las transforma en esto. Esto, que es como caminar por un camino de ronda, el filo de un muro acaso, rodeado de nada, de un abismo oscuro y sin nombre al que uno está siempre a punto de caer. Caer, cae a veces, pero lo terrible no es que allá abajo, en un torrente o desierto o perdedero de rocas le espere a uno la muerte sino que lo que le espera es sobrevivir y volver a encontrarse arriba para seguir caminando sobre el filo abrupto alrededor del cual todo es negro. Negro como las celdas. No quiero pensar, quiero seguir escribiendo y para eso tal vez sería mejor abandonar *Contar desde cero* y empezar otra cosa, algo que en este momento no se me ocurre qué es, que podría llegar a ser, que ahora no está pero que seguro que se me presentará en el momento en el que yo lo llame, el instante en el que me vacíe de todo, palabras, recuerdos, sueños, la música de un piano, la geografía maldita de muros hoy calcinados que no quise ver cuando Gabriela vino a verme, a ponerme contra las cuerdas «aunque sea para esto que es un final» me dijo, el olor, los olores debería decir, el olor a sufrimiento y a muerte, el olor a la espera en las noches, eso que se queda pegado a los lugares por los que ha pasado la gente,

los olores traicioneros que están allí para decir lo que no queremos oír, los otros, los de los veranos felices, los olores expresivos de las ciudades, ya se sabe, Río huele a alcohol, Barcelona a tabaco, París a café, Buenos Aires a mugre estancada, cada una encerrada, como si las otras no existieran; en ese momento, cuando se le hace a uno que la nada es lo que hay alrededor, viene el aguijón bienhechor, la luz mala y detrás como si se hubiera abierto una puerta, un hueco en el mundo de los seres y las cosas y los cielos vacíos, detrás el cadáver al que hay que devolver la vida: esa es, me digo, la tarea del escritor y a esa dedico mis días y ojalá a Gabriela no se le ocurra volver nunca jamás aunque sé que me va a llamar por teléfono, que me va a dejar mensajes «de conciencia» dice ella, en el contestador, ojalá desaparezca, se muera, se vaya a vivir a otro país, se quede paralítica y muda para siempre, ojalá no vuelva a tocar el timbre y no tenga yo que abrirla la puerta y verla, no quiero verla, quiero borrarla de mi vida, el pelo tirante y esos ojos duros zapatos con trabitas doradas traje sastre la cartera terciada como si fuera las cananas y algo en la mano, siempre lleva algo en la mano, la bolsa del supermercado o un paquete o expedientes o los anteojos o un diario, algo, como si fuera el arma que tiene que cargar y cargar contra mí para obligarme, eso es lo que ella pretende, a salir a la calle con ella y ya le he dicho que no, que mi única arma es esta, son las palabras pero las palabras escritas, no las palabras no dichas de ella. No. A las cosas hay que decirlas, le digo, pero es que ella no entiende, dice que las dice, que las palabras no son solamente para construir novelas, así dice, construir novelas. Y en verdad no las dice y no es cosa de ahora sino de antes, de

mucho antes, de siempre diría pero eso no es verdad. No sé de cuándo. Quizá de cuando nos separamos, quizá de cuando Chela-Chelita empezó a crecer, dejó de ser una nena y los dos nos encontramos frente a alguien que se nos hacía impenetrable. Nunca dejaré de pensar que Gabriela tuvo la culpa, que ella debió haber sabido o por lo menos haber sospechado que algo raro pasaba. No me exculpo del todo: nadie es inocente, ni yo ni nadie, pero tampoco es cierto que yo fuera el ausente metido en sus imaginерías como ella dijo y que por eso la nena buscó apoyo, pertenencia en otra parte. Bueno, está bien, muy bonito pero no es cierto. Yo estuve, era ella la que me impedía estar más, que tiene inglés, que no se siente bien, que un cumpleaños, que ya salió, que está estudiando, que tiene que ayudarla a ella a sacar la ropa de verano del placar de arriba y guardar la de invierno, que las amigas o las matemáticas o el cine o la biblioteca o lo que fuera para, supongo, no sentir que yo se la robaba, también son palabras de ella y tampoco es cierto. Si yo hubiera sabido. Ni siquiera para nada sirve pensar así. Quise saber, siempre quise saber, ir sabiendo porque de un día para el otro, como los cachorritos, ella iba cambiando y yo no estaba todos esos días del uno para el otro o los minutos, los ratos de su vida, a su lado. Quise, me acuerdo, llevármela conmigo a Montevideo ese año, qué año, hace ya tantos pero tantos que no me acuerdo, cuando el simposio de literatura latinoamericana y ella estaba contenta, cómo se reía, vamos a aprovechar para ir a la playa, le dije, vamos a pasear en barco, vamos a hacerlo todo por agua, ¿sabés que en una época hubo hidroaviones? y ella no sabía lo que eran los hidroaviones así como no había visto nunca

un tranvía ni el Di Tella ni la había escuchado nunca a Juliette Gréco y yo le contaba, se lo contaba todo, todo eso. Claro que Gabriela no se aguantaba nuestras conversaciones, por eso no la dejó ir. Que yo le metía cosas en la cabeza me dijo, cosas raras me dijo. ¿Yo? ¿Yo meterle cosas en la cabeza?, ¿yo? Es que Gabriela siempre fue así, muy limitada, literal, concreta, las cosas son así, todo tiene una causa, todo tiene un resultado previsible, no hay eso del misterio, de lo incomprensible, de lo que es difícil si no imposible de conocer, de abarcar para entender. No sabe que las cosas que no existen nos ayudan a vivir, que es lo imposible lo que nos sujeta a la vida y que cuando ya no los hay nos morimos. Jamás entendería. Pero está bien que ella sea así. Está muy bien todo eso para cuando una es contadora pública nacional como ella y tiene un puesto importante en una empresa importante pero no si uno quiere escribir a menos que tenga el poder suficiente como para separar las dos vidas cosa que yo nunca tuve y quería que Chela-Chelita fuera como yo, no escritora precisamente pero sí por ejemplo actriz. Si uno quiere escribir tiene que vivir cada instante, todos los instantes inmerso en lo que no comprende para justamente, eso, escribir a ver si así comprende, y saber que nunca, pero seguir, seguir. Actriz también, moviéndose y hablando allá arriba como si nada más que eso existiera y a pesar de las luces inmersa ella también en la sombra para darle vida y color y voz, sobre todo voz; por eso yo hacía lo posible a ver si era eso lo que ella quería o iba a querer algún día, y le contaba la vida de Sarah Bernhardt y veíamos películas de Greta Garbo que ella decía que eran aburridas, hasta *Ninotchka* decía que era aburrida y yo le decía cuando seas

más grande vas a entender y ella decía que se tarda mucho en ser grande y nunca lo fue y Liv Ullmann no le gustaba así que me resigné a no ver a Bergman con ella pero no renuncié a mostrarle que cada cosa en este mundo es muchas cosas al mismo tiempo, a decirle que las matemáticas están muy bien y sacarse un diez en matemáticas está todavía mejor pero que sin pasión no es posible que haya matemáticas ni nada; que sin locura, sin desobediencia, sin curiosidad no hay nada. Sí que hay, decía ella, y yo reconocía ahí la voz de Gabriela y me aplicaba a borrarla. *Sueño de una noche de verano*, le proponía, leamos *Sueño de una noche de verano* y eso sí le gustaba y leíamos y cada uno hacía un papel o dos o tres y como agregábamos de nuestra cosecha todo lo que se nos ocurría, terminábamos riéndonos de los disparates que decíamos. A él le gustaría nuestra versión de su sueño, decía yo, quién es él decía ella, Shakespeare decía yo, un muchacho que escribía teatro y poemas, leamos los poemas decía ella y yo le recitaba No me opongo a que se unan almas leales pero amor no es amor si mal templado cambia si encuentra cambios eventuales y es al olvido dócil inclinado, y ella lo aprendía de memoria y me lo recitaba ella a mí, con ademanes, decía, como se lo enseñaban en la escuela, con ademanes y para conformarme, para verme contento decía que sí que quería ser actriz, subir a los escenarios del mundo y hacer Fedra no sé si diría eso, hacer Fedra, tal vez sí, quiero creer que sí aunque lo que fue, lo que dijo, lo que se dijo entre ella y yo ha pasado a ser neblina, un halo difuso del que surgen a veces gestos, los ademanes de Chela-Chelita recitando a Shakespeare, un sol que baja hasta nosotros en la costanera, un café yo y una cocacola ella

con un sándwich y risas y The Police y llévame con vos a Córdoba y tu mamá no quiere y tratar de arreglar eso y decir tu mamá sabe lo que te conviene y faltar una semana a la escuela no es bueno y ella enfurruñada hasta que se le pasaba y de nuevo las risas y yo que le compraba un collar celeste. ¿Dónde está el collar?, le pregunté a Gabriela en una de esas noches atroces llenas de silencio y de tratar de no mirarnos de frente en la que estábamos los dos junto al teléfono esperando una llamada ya ni sé de quién que habría de decirnos ya no sé qué. No llegó, nunca, ni esa ni ninguna otra llamada. ¿Qué collar?, dijo ella. El collar celeste, el de cuentas chiquitas, el que tiene un cierre que siempre le da trabajo, dije hablando en presente como conjuro, como chantaje al destino. Creo que me dijo que lo tenía puesto. Solamente lo creo aunque no quiero creerlo porque el hecho de haberlo tenido puesto es tan brutal, tan monstruoso, tan insoportable que puedo haberlo forjado yo como reconstrucción de mi dolor entero en un intento de poner todo ahí, en el collar alrededor de su cuello para no tener que recorrer una y otra vez el camino de las heridas. Me encuentro entonces con que no supe, no pude describir con acierto lo que la muchacha inglesa siente, aparte de que es una ella y ella no solo no es yo sino que ella es mujer y nunca podré llegar hasta ella por incapacidad o por miedo, lo que ella siente cuando sabe o cree que sabe que él ha muerto de una manera horrible ¿dónde?, y ella cree que jamás va a saber con seguridad algo de su muerte, la de él que ya no está, que no volverá, cree. No es lo mismo además, no es lo mismo, cómo podría serlo: puedo volver sobre la novela y cambiar todo eso; no puedo o sí que puedo pero me resisto y fra-

caso una y otra vez, volver sobre el collar celeste alrededor de su cuello y sentirme estallar como en otras noches, otros instantes, días negros, como siempre sin consuelo, sin medida, sin remedio, sin posibilidad de cambiar nada porque todo ha quedado congelado ahí en la ausencia, y peor, en lo que puedo imaginar como imagino la noche, ante todo la noche, sí, fue de noche y ella llevaba el collar de cuentas celestes alrededor del cuello porque acababa de volver de la calle. ¿De dónde?, le pregunté a Gabriela cuando me llamó. Y yo qué sé, me contestó ella a los gritos, yo qué sé, no me decía nada, hace mucho que no me decía nada claro vos qué sabés si la ves de vez en cuando, y así siguió y siguió y yo sentí la tentación de decirle bueno pero es que vos me la amarreteás tratás de que yo la vea lo menos posible. No se lo dije y ella seguía gritando y yo aparté el tubo del teléfono hasta no oír más que algo como un chiflido que subía y bajaba y que cuando se calmó en un sollozo me dio tiempo a decirle que algo podríamos hacer, seguro, mientras el pánico me subía desde los talones por las piernas aflojándome las rodillas y de ahí a la cintura por la espalda hasta alojarse en el nacimiento del cuello como un tumor pesado que irradiara no precisamente dolor y sí sospecha, la seguridad de que el dolor iba a reventar al segundo siguiente, iba a inundar mi cabeza y mi vida y mis brazos y de ahí en adelante todas las palabras que yo pudiera siempre y nunca pronunciar o escribir. Calmate, le dije, voy para allá. Esa fue la primera vez, la que recuerdo con mayor nitidez porque de ahí en adelante el tumor se extendió y me infectó la vida entera y ya no le pude hurtar el cuerpo y empecé esta práctica de la percepción enferma de todo lo que le había pasado. No

pude hacer historia: de eso se ocupaba Gabriela, de eso y de las peregrinaciones inútiles de las que volvía destruida toda ella desde su carne para adentro y a las que una o dos veces la acompañé hasta darme cuenta de que todo era inútil. Gabriela no, tal vez dichosa de ella aunque es difícil hablar de dicha desde que se llevaron a Chela-Chelita, no sé si eso no será una desgracia peor que la mía. Yo, nada, salvo seguir viviendo en esto que ni siquiera puede nombrarse. Si no tiene nombre no existe, me digo. Si no puedes aplicarle palabras, decir desesperación, agonía, el fin de todo, si te es imposible construirlo como dice Gabriela que hacés con tus novelas, entonces estás perdido: eso sin nombre, eso que no existe porque no tiene palabra, eso de lo que nadie tiene experiencia ni recuerdo, eso que es como la muerte, eso que es peor que la muerte, te va ganando y desgarrando una vez y otra vez y te desangra y te muerde y todo es inútil porque ella no está, Chela-Chelita no va a volver, nadie me la va a traer de la mano y me va a decir aquí está todo fue una travesura. Sé que eso no es desesperanza, que no es lo contrario de lo que practica Gabriela, pero sospecho que tampoco ella espera ya nada solo que ella va y vuelve a ir y pregunta y camina y protesta y se levanta y cuando no puede con ella misma entonces me busca y me acosa para obligarme como ella dice, a salir de mí, a salir a ese mundo vacío, a ir aunque sea a mirar las ruinas. No quiero ver eso, le dije, y no fui. Ella dice que así, viendo algo concreto por terrible que sea, así se está seguro de que todo ha terminado y de que se puede, ella dice que se puede, empezar a vivir de otra manera. No se lo digo pero es que no quiero vivir de otra manera: por mucho que los días y los gestos se hayan convertido

en este suplicio, quiero seguir viviendo así porque así no la abandono, porque así vivo cerca de ella. Eso no es vivir, me dijo un día Gabriela antes, mucho antes, y a propósito siempre de estar encerrado y escribir cosas que no les sucedieron nunca a gentes que no existieron jamás, vivir es hacer cosas, conseguir o fracasar pero hacer. Está bien, vivir no, entonces, sobrevivir, transcurrir, estar; transcurro y sobrevivo y si el precio es el remordimiento porque no fui yo sino ella, si el precio es imaginar su propio infierno creando el mío, estoy dispuesto a pagarlo y cuanto más alto sea más cerca me voy a sentir de ella. No por eso aceptar con alegría y ni siquiera con resignación, no soy un santo, no pretendo que lo soy, no quiero serlo. Quiero ser esto que soy; si ella no está y no hay paseos por el agua ni Shakespeare ni collar de cuentas celestes, quiero ser este innombrable dolor encarnado, quiero imaginar lo que no recuerdo, lo que Gabriela y gentes como Gabriela han ido sacando a la luz. Quiero ver sin haber visto jamás, quiero oír sin haber oído nunca, quiero estar en donde no he estado ni estaré; quiero estar en la casa de ella, de Gabriela, en la que todavía se la huele, en su dormitorio cuando ella dormía, cuando jugaba, cuando hablaba con amigas, cuando lloraba ¿por qué no habría de llorar? siempre a esa edad se llora; cuando estudiaba, cuando entraron mientras ella trataba de abrir el cierre del collar de cuentas celestes porque acababa de llegar y se iba a cambiar, sacarse el vestido, y las sandalias, cuando se la llevaron, a la rastra se la llevaron mientras ella gritaba y uno de ellos le pegaba un puñetazo en el estómago a Gabriela que se deslizaba contra la pared hasta el suelo incapaz de respirar, mover las manos, preguntar, pedir auxilio, lo que fuera aunque

todo era ya inútil. Quiero que me aplasten las botas como la aplastaron a ella contra el piso del auto en el que se la llevaban y que me peguen en la cabeza hasta reventarme los tímpanos y en el vientre hasta hacerme vomitar y sangrar por la boca. Y nada de eso me lava de arrepentimientos ni de remordimientos ni de recriminaciones, nada. Ni creo que secundar a Gabriela me serviría; es más, me parece abominable lo que hace. El dolor es político, sí, pero debe ser recóndito. Nadie tiene por qué enterarse de que cuando las paredes retroceden y empiezo de nuevo este recorrido por los últimos días de su vida, lo que quiero conseguir es que ella sepa que la quiero. Estoy loco, Gabriela, tenés razón, y no me importa: me importa que la hayan arrastrado fuera del auto y la hayan llevado entre gritos y risas anticipando el banquete a ese lugar del que viste las ruinas ennegrecidas. La tiraron al suelo y la levantaron sobre sus pies, sus pies chiquitos calzados todavía con sandalias, y la hicieron entrar a empujones al corazón de ese abismo del que ya no saldría, ese nudo del que partían los brazos del laberinto, esa habitación casi redonda de tan octogonal en la que quedarían para siempre, para ser vistos y olidos y oídos los gestos, las palabras, los gritos, el aullido, las risotadas sin poder nunca salir de allí, adheridos a las ocho paredes como frescos vertiginosos de un infierno que se renueva a cada mirada, habitación, ámbito, cárcel húmeda, fría y sin ventanas en la que la desnudaron y le vendaron los ojos y tocándola y maltratándola, basta, basta que no quiero, no puedo, me es imposible seguir su martirio sin sentir que la única solución es la muerte. Mi muerte, no la de ella. Tal vez en mi último segundo de vida pueda pensar, ya sin conciencia y

sin luz, solo un manojo de instintos, construir otra vida y en ese segmento de eternidad estar seguro de que vive y está a mi lado apretándome una mano llorando porque me voy y sin embargo aquí estoy yo y ella se fue y el tiempo es eterno, inmóvil, inclemente y duro y yo puedo solo llenarlo de palabras. Cuando las palabras me faltan, me fallan, se me escapan de las puntas de los dedos, allí quedo en la antesala del dolor, en esa habitación corazón maldito sin ventanas, de ocho lados y puertas en cada uno, puertas que llevan a la tortura y a la muerte. Y es entonces cuando quiero escribir la historia de una mujer que se salva de todo eso; dejarme de historias de muchachas que quieren ser escritoras y de hombres que no saben lo que quieren; abandonar los grandes ríos y los desiertos y las tumbas escondidas esperando su presa y cadáveres bajo los entarimados de salas de juego en países distantes que nada tienen que ver con el mío. Es otra cosa, pretendo escribir otra cosa quizá para librarme de esta pero no sé si escribiendo sobre una mujer que se salva de lo que Chela-Chelita no se salvó, voy a estar más cerca de ella o si inventando las palabras que van con la historia me voy a alejar de ella en la preocupación por cómo decir las cosas. Qué me importa el cómo, eso que sí me importa antes que nada en las novelas que construyo, para usar la palabra de Gabriela, eso que era primordial cuando la vida no se había despedazado y era todavía un camino a recorrer, un paisaje a contemplar. Quiero que no haya muerto y no sé cómo hacerla volver porque no sé hacer otra cosa que no sea escribir novelas de las que en un tiempo estuve orgulloso porque me hacían ganar dinero y algo así como una fama limitada y doméstica hecha de entrevistas, de notas

en los diarios, de mesas redondas, de voces halagadoras y de firmas de ejemplares en las ferias de libros. ¿Qué quiero, qué, aparte de construir novelas y de acompañar a Chela-Chelita en su camino hacia la muerte, qué es lo que quiero? Posiblemente nada; nada sino eso una y otra vez. Posiblemente construir ya que puedo hacerlo, un mundo distinto en el que nada se pierde; en el que tanto las vidas imaginadas de la muchacha de Inglaterra, del hombrecito absorto ante acontecimientos cuyo significado se le escapa, de la chica violada y torturada con un collar de cuentas celestes al cuello, todo se conserve en una economía de las almas que me permita sea como fuere volver a ella. Volver. Tenerla de nuevo en mis brazos llorosa porque no pasó el examen o contenta porque se va mañana de vacaciones. Tibia, en todo caso. Oliendo a Charlie, traeme Charlie no te olvides cuando pases por el free shop que es más barato. ¿Te vas a acordar? Libre, otra. Ya no la gordita puro ojo que tantas veces llevé de la mano al jardín de infantes, ya ahora la mujer que no alcancé a conocer, la lejana, opaca figura de la mártir desgarrada en la arena, la arena teñida de sangre y de miedo. Sé que tuvo miedo. Qué sabés vos, dice Gabriela. ¿Cómo no saber? Me paso la vida inventando el miedo. Sé lo que sintió, lo sé, en la primera sesión de tortura; sé, como supo ella, adónde conducía cada pasillo que partía de cada una de las ocho paredes que delimitaban eso que era como una tumba fría y abandonada, trampa en la que las bestias de este mundo iban a morir bramando. Pero los jaguares no mueren así nomás: se defienden, salen de noche a cazar, sacan las garras, arquean el lomo y atacan y se deja uno la vida tratando de huir de ese ataque. Huelen a sangre, a cubil, a

sed, a cuarteo conseguido a fuerza de embates, a muerte, a la muerte. Salen, triunfantes, de donde no se sale, despojos viscosos en las fauces y una especie de rugido, ronroneo de satisfacción en el gañote. No tienen miedo: tan solo el mandato de la estirpe que los grandes gatos marcaron en la piel aparejada, oro y tizne, de cada uno de ellos. Y atacan. Y matan. Tal vez mueren pero mueren noblemente, entre celajes dorados y puntas de lanzas: mueren peleando y dejando ellos también su marca para que no se los olvide. Las chicas desnudas violadas y torturadas sobre las mesas metálicas no mueren noblemente, no han podido luchar. No tuvieron garras y de esas gargantas salieron solo gritos y gemidos. Despojos. Despojos en las fauces de los jaguares, en la historia de quienes las mataron y ni sus cuerpos nos dejaron, como si no hubieran existido nunca, como si nada hubiera existido y todo hubiera sido no digo una novela pero quizás un reflejo de otro mundo o quizá las novelas sean eso que uno obtiene con un gesto, uno construye las novelas como dice Gabriela y al mismo tiempo va construyendo otro mundo en el que esas cosas que no suceden sí suceden y son ciertas y verdaderas. Por qué no; por qué no puede ser así, por qué las palabras no son todopoderosas como tantas veces dice uno en las entrevistas puesto que eso es lo que los demás quieren oír; por qué es que los mundos soñados no son el camino que siguen nuestros gestos. Hago algo, me cambio los zapatos o como papas fritas o escribo una novela y cada mueca, ademán, rictus inaugura otro mundo en el que van pasando cosas que no hubieran pasado si yo no hubiera corregido el capítulo veintiséis. Y cada ademán, rictus, gesto de cualquiera que viva en cualquiera de esos

mundos y en este mundo inaugura otros mundos en cada uno de los cuales los gestos que se hacen son, a ver. Eso. Un árbol, eso, un árbol, un árbol de mundos que mis gestos pueden recorrer hasta encontrar ese en el que no hay ausencia y quedarme ahí, anidado, ovillado cerrado en mí mismo para que ni una brizna dé lugar a que se desate otra vez la historia, la impiadosa historia de estos años y pueda estar yo listo para ir con ella a Montevideo en hidroavión para el simposio y no saber ni ella ni yo jamás lo que es un jaguar. Dejar que los jaguares mueran en la trampa en la región de los grandes ríos y pueda yo aplicarme sin dolor a las palabras todopoderosas que cuenten las vidas de los que se encontraron al borde del desierto. El teléfono por ejemplo: escribir cómo hicieron el amor esa noche por primera vez, cómo casi sin palabras, en un idioma que no era el de ella y que poco a poco él iba olvidando, cómo él la alzó en brazos, tan liviana, y se la llevó al dormitorio, al de él, no al de ella en el que había que subir tres escalones antes de entrar, y cómo la dejó en la cama y cómo ella sintió un segundo, solo un segundo de terror hasta que desapareció la visión de Bridget herida y el recuerdo de todos sus propósitos clavados en su costado como un animal hecho de garfios, y algo que fue como un manto pesado y oloroso, suave y caliente como el agua en la que hirvió la vida por primera vez la cubrió para que ella alzara los brazos y sintiera que ese hombre que le hablaba en voz muy baja era lo que la luz amarilla y la cara ensangrentada en el periódico y el té en el comedor y el viaje y los curús y las muertes imaginadas le habían augurado, guardado, destinado en un lugar secreto de ocho lados y ocho puertas, ese lugar recóndito, corazón de la casa, para

ella, solamente para ella. Contar cómo fue todo, cómo de pronto cambió el aire que respiraba y las manos de él buscaron con urgencia el cierre, los botones, lo que fuera y lo que pensó, sintió, esto es importante, cuando ya no tuvo las piernas aprisionadas en las botas altas, duras botas que la defendían de los peligros que reptan bajo las cortezas podridas, de la arena y el viento y el roce sobre sus muslos, y saber mientras en la casa hay fiebre y su vientre florece y el tiempo se detiene, que en algún momento va a sonar el teléfono y ella va llamar para que vayamos con este día espectacular a tomar una cocaola mejor un helado y vos un café aquí nomás a la esquina o en el de las medialunas ese que queda frente al botánico dale antes de que tenga que ponerme a estudiar, no, a mamá no le va a importar porque no está. Ay, por qué, por qué no puedo, por qué me es imposible morir o volverme loco, dar ese paso difícil e instantáneo hacia la sombra en donde ya no hay nada, ni recuerdos ni imaginaciones ni ciudades en las nubes ni collares de cuentas celestes ni brutos que se la llevan y la tiran en un camastro y la violan entre jadeos y risas uno por uno y la desangran y después dicen traigan a otra y a esta llévenla a la máquina pero ella ya no es ella sino que es un puro dolor que le clausura los sentidos y hasta le impide oír la música que tapa los gritos de la otra, la que sigue, como los de ella que ni siquiera sabe que grita, que ha gritado. Y de ahí en adelante, lo peor, lo que no puedo, no quiero imaginar: ¿habrá llamado a alguien?, ¿habrá pedido por alguien?, ¿habrá pedido algo? La muerte ella también tal vez, la muerte que le iba a llegar despacio, demasiado lentamente, como sin decidirse, caminando de costado, mirando de costado ¿te concedo o no mis dones,

el dulce mal, el sabroso veneno, la blanda herida?, eso que es como el amor entre tus brazos y entre tus piernas, eso por lo que has estado implorando, ahora, un embate más y llego, otro alarido, eso es, así, pronto llego, cuando menos te lo esperes, cuando creas que ya no vendré, entonces te daré a beber todo el mar, te quemaré con todos los fuegos, subirás el monte para que la piedra vuelva a rodar hasta el llano, pasaré sobre tu cuerpo macerado aplastándolo y abandonándolo lastimado, rotos los huesos, huecos sangrantes donde hubo ojos, y llegaré, llegaré por fin, ah, qué agradecida vas a estar cuando en ese pedacito de un milisegundo te des cuenta de que te poseo por fin, de que me estás recibiendo, rodeando amorosamente con lo poco que te queda de húmeda vida hecha de saliva y sangre y jugos leche miel lejía Charlie crema río aliento rugido de hidroaviones música cocacola helados y café en la costanera y ya nada más nunca y descansar al fin, poder darte vuelta en la cama y dormirte un brazo bajo la almohada el otro abrazándome no sea que te me vayas no no ya no te voy a dejar nunca, estaré siempre en ese sueño negro, pesado, tan bienhechor como una caricia, susurrante como el ronroneo de los grandes gatos para que puedas dormir así, siempre, siempre, ya sin dolor. Así quiero morir. Quiero como ella implorarle a la muerte que llegue hasta mí, que aquí estoy, esperándola como un enamorado; que sueño con que ella llegue amante mansa de pechos blancos como cabritos ojos profundos como minas de oro y de sol negro, me seduzca, me envuelva, me posea, me diga dulces palabras al oído y me levante hasta la ciudad desierta en las nubes en donde yo pueda dormir en una gigantesca cama toda para mí en la que cabrán Chela-

Chelita y los sueños y el chocolate y tigres mansos y ríos azules y todo eso que nunca escribí y que ya no escribiré porque tal vez no sea tan difícil morir y en ese instante menos que un instante las palabras dejarán de tener poder y significado y me hundiré en ese sin nombre al que ¿será posible? otra vez podré llamar dichoso con la ventana abierta, un poco de viento afuera como canto o silbido agudo, el teléfono llamando inútilmente y llamará y llamará y yo en busca de un espejo frente al cual verme dar el paso que solo los que se prometen ser felices pueden dar, un espejo en el cual verme hasta el último minuto, el último segundo, no el final, no la última contorsión, el último gesto como no vi su último espasmo de dolor, sus párpados a medio cerrar sobre el frío ya de la pupila pero verme y después ya el verdadero final eso que será como la nada bienhechora, eso que ya ni nombre tiene, la ignorada oscuridad de la muerte, la imagen, mi cara, el asco del gusto metálico en la boca, la culata rugosa que se va entibiendo inútilmente así, más todavía, empujando el cañón que también se entibia, grotesco, indeseado, contagioso contra el paladar y entre mis labios, mientras aprieto, duro, eficaz, ya sin alma con los dientes para que no se vaya a mover, no me vaya a desilusionar, y ahora sí, así, ya vamos, mi cara en el espejo y la sombra de ella detrás de mí protestando porque le da trabajo abrir el cierre del collar, por fin verme y verla por fin